



[Principal](#)

[Equipo Editorial y créditos](#)

[Índice por números](#)

[Índice por títulos](#)

[Instrucciones para autores](#)

[Contacto](#)

## Agricultura, caza e investigación

**Jesús Duarte Duarte**

La caza es una actividad de ocio para un amplio sector social a la vez que un importante recurso económico cuyas rentas repercuten, directa o indirectamente, en el ámbito rural. La caza, como recurso natural renovable, precisa de una correcta gestión que debe basarse en los conocimientos sobre la bioecología de las especies objeto de aprovechamiento. Por eso, la investigación aplicada es esencial para una correcta ordenación cinegética. La pérdida de calidad del hábitat ha sido citada por numerosos autores, p.e. [Lucio & Purroy, *Gibier Faune Sauvage*, **9**: 417-429, (1992) ; Rands, *Biol. Conserv.*, **40**: 127-139, (1987)] como uno de los principales factores responsables del deterioro que en las últimas décadas ha sufrido la caza menor. Actualmente los medios que estas especies ocupan son, sobre todo, agrosistemas con una diversidad variable de cultivos e irregular topografía, con sectores de matorral intercalados, y caracterizados por un alto grado de intervención humana. Este proceso de intervención se traduce en la pérdida de heterogeneidad paisajística: intensificación de los cultivos, medios lineales, monocultivos y cambios en las prácticas agrícolas (uso de especies de ciclos cortos y de productos químicos -biocidas-). La **heterogeneidad de hábitat** es el factor que mejor correlaciona con la densidad de perdices en una zona agrícola [Vargas & Cardo, *Trofeo*, **317**: 23-27 (1996)]. Así pues, el proceso de cambio acontecido en el medio natural parece responsable de la precaria situación que vive hoy la caza menor.

Cabe preguntarse por qué la pérdida de heterogeneidad de hábitat conlleva el deterioro de las poblaciones. El olivar, un cultivo que en Andalucía supone una parte importante del paisaje (casi el 15% del territorio y el 40% del total de superficie cultivada), es un medio típicamente lineal y homogéneo. Las prácticas agrícolas tradicionales consisten en el laboreo del suelo, es decir, el arado o volteo, la quema de rastrojos y varetas y el tratamiento químico con herbicidas, a fin de evitar que crezcan malas hierbas que puedan hacer competencia hídrica al cultivo. El laboreo actual supone la pérdida de casi 80 toneladas de suelo por hectárea y año en los olivares. El laboreo altera la composición y estructura del suelo, reduce su vida útil y lo deja más desprotegido frente a la lluvia [Pastor, M. *et al.*, *Fichas Técnicas AELC/SV*, **2** (1996)]. Por tanto, el olivar es un medio donde la cobertura vegetal es escasa, donde no hay prácticamente setos marginales ni parcelas de matorral insertas en el cultivo. En estas condiciones se ha valorado como ejemplo el ciclo de vida de la perdiz roja.

La perdiz presenta una respuesta gregaria variable durante el ciclo anual (grupos reproductores en primavera, grupos familiares en verano y plurifamiliares en otoño-invierno), así como unos requerimientos específicos en cada fase. Los reproductores necesitan cobertura para hacer el nido, por eso buscan preferentemente zonas no cultivadas, con rastrojos o setos en bordes de cultivos y caminos [Ricci *et al.*, *Gibier Faune Sauvage*,